

Gulliver y nosotros

Pocos libros han nutrido tanto la imaginación colectiva como *Los viajes de Gulliver*. En el tricentenario de su publicación, una relectura de la obra capital de Jonathan Swift muestra que su forma de utilizar el enfrentamiento ideológico y la relación entre lenguaje y política nos ayuda a entender los debates que tenemos hoy.

Trescientos años viajando

por **Javier de Lucas**

Swift, maestro de la ironía, la sátira política y el lenguaje

La conmemoración de los trescientos años de la publicación de *Los viajes de Gulliver* (1726) es una buena oportunidad para valorar el alcance de esa obra y también su actualidad. En cuanto al alcance, su éxito en la literatura popular y más recientemente en diferentes versiones llevadas al cine y a la TV ha contribuido a ocultar que no se trata en absoluto de un ejemplo de literatura infantil. En realidad, no solo es una cumbre del género en el que destacó Swift, la sátira política, y de su dominio y capacidad de innovación en el lenguaje, sino que se trata de uno de los mejores libros de filosofía política que se hayan escrito jamás; uno del que beben otros grandes maestros de la sátira política, como Orwell, en particular en su *Rebelión en la granja*.

Jonathan Swift es uno de los grandes maestros de la ironía y la sátira política, como lo prueban otras pequeñas joyas como, por ejemplo, *Historia de una barrica* (1704), *El arte de la mentira política* (1712) o la legendaria *Una modesta proposición* (1729), donde ironiza sobre cómo solucionar la permanente miseria y hambruna en la que vive Irlanda, mediante un recurso tan ingenioso como provocador: los campesinos irlandeses que no pueden alimentar a sus hijos, porque no pueden pagar el arriendo de sus tierras a los insaciables terratenientes ingleses, pueden salir de su penosa situación haciendo que se los coman. Muchos recordarán este párrafo:

Un niño alcanzará para los dos platos en una comida de amigos [...] Concedo que este alimento será un poco caro,

así que convendrá muy bien a la clase de terratenientes, ya que, habiendo devorado a la mayor parte de los padres, parecen tener ahora más derechos sobre los hijos. La carne de los niños estará en sazón todo el año, pero será más abundante en marzo, ya que, según un eminente médico francés, siendo el pescado un alimento prolífico, nacen más niños en los países católicos después de cuaresma [...] los mercados estarán más abastecidos, porque el número de niños papistas es casi de tres a uno en este reino, lo que traerá otra ventaja: disminuir el número de niños papistas entre nosotros.

A lo largo de su obra, Swift se revela como un crítico implacable de la crueldad y los vicios de la especie humana y de buena parte de las convenciones sobre las que se asentaba el orden establecido en su época. De esa forma, se alinea con Montaigne o Montesquieu al mostrar la relatividad de las costumbres y las leyes. Pero también se atrevió a plantear otras cuestiones en las que se adelantó a su tiempo, como la soberbia pretensión que olvida la animalidad del hombre. Y, desde el punto de vista literario, Swift es sin duda uno de los más grandes estilistas de la lengua inglesa, con una gran capacidad y voluntad de renovarla, como lo muestra su ensayo de 1704 *La batalla entre los libros antiguos y los modernos* y, sobre todo, su *Propuesta para corregir, mejorar y perfeccionar la lengua inglesa* (1712). Hay importantes indicios que permitirían sostener la condición de pedófilo de Swift, algo que compartiría, por cierto, con otro genio de la lengua que vivió mucho después, Lewis Carroll. Así, sus relaciones con dos jóvenes adolescentes permanecieron veladas gracias a su dominio de los recursos lingüísticos: primero, con Esther Johnson, a la que siempre llamó Stella, hija de uno de sus protectores, y a la que dedicó un diario con cartas de amor escritas a lo largo de varios años, *Journal to Stella*. Luego, vivió junto a Esther Vanhomrigh, para la que ideó un nombre hasta entonces inexistente, Vanessa, tomando la preposición del apellido de origen holandés (van) y la desinencia femenina (-essa) y a la que dedicó un poema, "Cadenus and Vanessa", jugando con el término *decanus*, 'deán', cargo eclesiástico que él mismo ejerció.

La trascendencia y actualidad de *Los viajes de Gulliver*

Se ha dicho que *Los viajes de Gulliver* son un recorrido por las diferentes manifestaciones de alteridad que, obviamente, constituyen también un trasunto de un viaje hacia dentro: de la visión del ser humano a la de su relación con la naturaleza y con los animales no humanos, del espejo deformado de nuestra condición a la proyección invertida del mundo. Su hilo conductor es el mismo de otros escritores de la *utopía*: la literatura que revisa el carácter natural de la sociedad y obliga a repensar los fundamentos del contrato social, mediante la crítica antropológica, social y política del mundo en el que viven, algo en lo que Swift coincide en no pocos puntos con Defoe, quien publicó su *Robinson Crusoe* siete años antes de la obra de Swift.

En sus viajes, Gulliver se encontrará con todo un elenco de la diversidad del otro, desde la aparentemente más banal, la de esos otros que son iguales que nosotros salvo en su tamaño –diminutos, los habitantes de Liliput en el primero de sus viajes; gigantes, los del segundo, que le lleva a la tierra de Brobdingnag–, hasta la más radical, como la que Swift nos muestra en el último de los viajes, en el que se atreve a traspasar una barrera inimaginable en la construcción del otro, la consideración de “aquellos otros que no son humanos”, lo que hoy llamaríamos la crítica del especismo. Swift niega que haya un verdadero salto entre los animales no humanos y los humanos. Es una tesis con la que se adelanta a las enseñanzas de Darwin sobre la continuidad de la evolución.

Lo más interesante es la aplicación radical de la ironía para demoler el tópico del ser humano, el animal racional, como rey de la creación. Junto a ello, la crítica del ideal de *civilización*, que se identifica con la sociedad inglesa de la época. A lo largo de esas historias, Gulliver verá desmoronarse la presunción de quien se toma por *master and commander* del universo conocido en el XVIII (Gulliver es varón, inglés, médico y, en el último de sus viajes, capitán de barco) y acabará por descubrir que los verdaderos atributos de la humanidad se encuentran en animales no humanos, los caballos.

Este libro de viajes es una metáfora crítica, tan lúcida como implacable, de un tipo de discurso pretendidamente universalista, el que subyace a libros como el de Niall Ferguson (*Civilización: Occidente y el resto*), o muy claramente en la tesis del choque de civilizaciones, propuesta por Huntington y reproducida, por ejemplo, por Sartori en su crítica de la sociedad multiétnica como riesgo para la democracia. Un pretendido universalismo que es la proyección de un particularismo, un “universalismo de sustitución”, como denunció Seyla Benhabib, que sirve de coartada para un inequívoco proyecto colonial, imperialista. Su emblema es el poema de Kipling “The white man’s burden”, escrito en 1899, en el que anunciaba que había

llegado la hora de que el honor y la carga que supone llevar a todo el mundo el mensaje de la civilización, la gran tarea del Reino Unido, pasara a los Estados Unidos, arrojándose la competencia para calificar de barbarie cualquier forma de diversidad cultural en sentido amplio. Es la pretensión que desmontó contundentemente el profesor Antonio Remiro en un ensayo de 1997 que recobra hoy actualidad, *Civilizados, bárbaros y salvajes en el nuevo orden internacional*.

Es imposible, en efecto, no detenerse en el último de esos viajes de Gulliver, que ocupa la cuarta parte del libro y le llevará hasta el país de los houyhnhnms, genial onomatopeya de relincho. El nombre de estos seres, los caballos, significa en su lengua ‘la perfección de la naturaleza’. Su sociedad convive con la presencia de los yahoos –un vocablo también acuñado por Swift y que ha perdurado, como sabemos–, paradójicamente próximos a los seres humanos y caracterizados por rasgos como la codicia o la violencia. Frente a la sociedad pacífica e ideal que forma la raza de caballos nobles e inteligentes, esos yahoos, los seres en apariencia humanos, constituyen una verdadera *plaga* para la naturaleza, calificativo que Gulliver ha descubierto ya en sus viajes anteriores. Baste recordar que, en su segundo viaje, el rey de Brobdingnag, tras escuchar las explicaciones de Gulliver sobre su raza, concluye que este pertenece a “la más perniciosa ralea de repugnantes sabandijas que se arrastra por la superficie de la tierra”.

En esas páginas de la cuarta parte, sobre todo en los capítulos cuarto a sexto, es donde descubrimos que las tesis de Swift anticipan la crítica que llevará a cabo después Nietzsche. Leer las consideraciones que extrae el amo houyhnhnm a partir de la argumentación del propio Gulliver sobre hasta qué punto el reino más próspero y culto de la tierra, la Inglaterra del XVIII, basa su gobierno en la mentira, la guerra, la desigualdad, en el imperio de un derecho que, a la postre, no es sino la imposición de la mentira, la violencia y la desigualdad, resulta aterrador para el lector de hoy, porque muestra cuán poco hemos avanzado en el proyecto civilizatorio. Por no hablar, insisto, del especismo, en el que obviamente Gulliver está inmerso y que se le revelará tan falto de fundamento.

En efecto, el personaje de Swift comprobará que la sabiduría, el buen juicio, el apego por la educación, incluso el sentido de la justicia y aun de la democracia como asamblea de iguales y, sobre todo, la *pietas* son atributos precisamente de quienes no tienen la apariencia de humanos. Y en una vuelta de tuerca que, a mi juicio, supera incluso la conocida escena de Nietzsche en Turín, Swift nos relata que, a su regreso a Inglaterra después de este último viaje, Gulliver cayó en lo que para su familia y amigos era una locura: no podía soportar la convivencia con esos seres humanos tan poco humanos y, “harto de soportar la

estulticia humana”, necesitaba refugiarse en las cuadras para reconfortarse con la compañía de los caballos.

Lo que nos propone Swift es, precisamente, que quienes nos parecen radicalmente *otros*, los animales no humanos, son los que humanizan al hombre. Una lección que aún no hemos aprendido, por más que el avance del conocimiento científico, desde la antropología científica a la primatología o la neurociencia, no deja de ofrecernos testimonios que parecen confirmar algunas de las tesis de Swift que parecen más extremas. Así, el conocido primatólogo Frans de Waal (*El mono que llevamos dentro*) sostiene que nuestras más nobles características —la generosidad, la amabilidad, el altruismo y la solidaridad— formarían parte de la naturaleza humana precisamente en la medida en que proceden de nuestro pasado animal.

Las subversivas tesis de Swift encuentran eco en los movimientos que han reivindicado el reconocimiento de deberes para con los animales y aun de derechos de los animales. Habría que recordar la primera Ley de Trato Cruel del Ganado, conocida como Martin’s Act (1822), para proteger a los animales de granja contra tratos crueles y que tomó su nombre del parlamentario irlandés y activista contra la crueldad hacia los animales Richard Martin. Fue en su aplicación como se celebró lo que se conoce como Juicio Bill Burns, en el que un burro que había sido maltratado fue el primer animal que obtuvo una sentencia contra maltrato en un tribunal. Dos años después, se fundó la primera sociedad protectora de animales, The Royal Society of the Prevention of Cruelty to Animals. Esto abrió el camino al movimiento proteccionista, la orientación dominante en relación con los animales, que subraya los deberes de los humanos frente a los animales, pero sin llegar a hablar de derechos: ese salto cualitativo se producirá a finales del siglo xx, desde su consideración como seres sintientes y bajo el impulso de teóricos como Peter Singer, Gary Francione, o el proyecto Gran Simio.

Desde el punto de vista filosófico, la semilla de Swift se revela en la obra del filósofo utilitarista Jeremy Bentham, del que se cita siempre una nota del capítulo 18 de su *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, que reza así:

Es probable que llegue el día en que el resto de la creación animal pueda adquirir aquellos derechos que jamás se les podrían haber negado a no ser por obra de la tiranía. Los franceses han descubierto ya que la negrura de la piel no es razón para que un ser humano haya de ser abandonado sin remisión al capricho de un torturador. Quizá un día se llegue a reconocer que el número de patas, la vellosidad de la piel o la terminación del *os sacrum*, son razones igualmente insuficientes para dejar abandonado al mismo destino a un ser sensible. ¿Qué ha de ser, si no, lo que trace el límite insuperable? ¿Es la facultad de la razón, o quizá la del discurso? Pero un caballo o un perro adulto es, más allá de toda comparación, un animal más racional, y con el cual es

más posible comunicarse, que un niño de un día, de una semana, e incluso de un mes. Y aun suponiendo que fuese de otra manera, ¿qué significaría esto? La cuestión no es si pueden razonar, o si pueden hablar, sino: ¿Pueden sufrir?

Es curioso recordar que el ensayo de Mary Wollstonecraft *Reivindicación de los derechos de la mujer* (1792) provocó una respuesta por parte de un ensayista llamado Thomas Taylor, que publicó en el mismo año el panfleto *A vindication of the rights of brutes*, donde advertía sobre el riesgo de que, si se aceptaban las tesis de Wollstonecraft, acabaríamos proclamando los derechos de los animales. Pero fue en 1892 cuando el reformista Henry Salt publicó el primer ensayo en el que expresamente se reivindicaban los derechos de los animales como un avance civilizatorio, con el significativo título *Animal rights considered in relation to social progress*.

La crítica de Swift a la idea de progreso

Precisamente ese vínculo es el que me parece que debe reseñarse a propósito de la obra de Swift. Los de Gulliver, insisto, son viajes a través de las diferentes manifestaciones de la alteridad, que nos muestran la dificultad de reconocer al otro, por el prejuicio de pensar que el otro, en cuanto diferente, no puede ser tratado como igual y por tanto su destino es someterse a nuestra superioridad civilizatoria, incluso hasta el punto de ser expulsado de sus propias tierras o aniquilado por nosotros. Las suyas son reflexiones críticas que resultan un contrapunto en la encrucijada existencial en que nos encontramos, en un mundo que parece retrotraerse a la condición salvaje de la guerra de todos contra todos en la que impera la voluntad del más fuerte: en el recorrido sucesivo por mundos que contradicen el natural estado de cosas de la época, Gulliver descubre la importancia del valor de la empatía, del respeto y la atención a las diversas formas de vida.

Todo ello propicia la visión de otro pilar para un universalismo posible, que abandone esa fijación en Occidente, una noción difícilmente sostenible hoy como sinónimo de civilización, sin que ello suponga desconocer cuánto de positivo y universalizable nos ha proporcionado su legado. Ese universalismo posible es el que nos propone hoy, por ejemplo, el jurista Luigi Ferrajoli en su ensayo *Por una Constitución de la Tierra. La humanidad en la encrucijada* (2023): un universalismo que se apoye en un derecho global, que no sea la imposición del más fuerte (bajo la coartada del más civilizado), sino que encuentre raíces en la prioridad de los bienes comunes, que lo son no solo de la humanidad, sino de la vida misma del planeta, desde nuestra ambigua capacidad que nos convierte al tiempo en los primeros responsables de esa vida, a la par que somos la mayor amenaza a su existencia. ~

JAVIER DE LUCAS es catedrático emérito de filosofía del derecho y filosofía política en el Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Valencia. En 2025 publicó *Migraciones: la política*, (Tirant lo Blanch).

El humor amargo de Jonathan Swift

por **Henry Oliver**

El genio de Jonathan Swift consistía en hacerse entender por todo el mundo. Era tan exigente con la claridad de su prosa que en una ocasión hizo que les leyeran sus textos en voz alta a dos criados. Mientras escuchaban cada párrafo, él comprobaba qué entendían y qué no, y corregía hasta que el pasaje resultaba perfectamente claro para los mozos de librea. Esa preocupación por el lector común convirtió a Swift en uno de esos escritores a los que se cita en las situaciones más cotidianas. Cuando el estudioso de Swift Irvin Ehrenpreis trabajaba en la biblioteca de Dublín, un joven empleado de las estanterías le preguntó a qué autor investigaba. “Ah, sí”, dijo el chico al oír el nombre de Swift, “quemar todo lo inglés menos el carbón”.

La sencillez de Swift se convirtió en su mayor influencia sobre los escritores posteriores. T. S. Eliot afirmó en alguna ocasión que las *Cartas del pañero* eran indispensables “para cualquiera que quisiera conocer bien la literatura inglesa”. Adam Smith parece haberlas admirado también. Sabemos que situaba a Jonathan Swift entre los mejores escritores, y este fragmento de la primera carta sin duda lo influyó:

En lo que a mí respecta, ya sé lo que voy a hacer; tengo una tienda bien surtida de tejidos y sedas irlandesas, y en lugar de aceptar el mal cobre del señor Wood, pienso trocar con mis vecinos los carniceros, los panaderos, los cerveceros y los demás.

Eso escribía Jonathan Swift en 1724. Adam Smith escribiría en 1776, en un pasaje célebre, sobre nuestra propensión a trocar y comerciar, y sobre el interés propio del carnicero, el cervecero y el panadero. Este pequeño eco es característico de la enorme influencia de Swift sobre quienes vinieron después. Es el manantial humilde de un gran río. Casi todo el mundo conoce algo de Swift. La mayoría de los niños han visto alguna ilustración, si no una película, de Gulliver atado por los liliputienses. Samuel Johnson, notoriamente hostil a Swift (era su gran rival), decía que una vez que uno había imaginado a los hombres pequeños y a los hombres grandes todo lo demás salía de forma natural. Pero no es así.

El placer de leer a Swift reside en que su sencillez no tiene nada de simple. Como muestra la cita elegida por aquel empleado de biblioteca (tomada del panfleto de 1720 *Una propuesta para el uso universal de los productos irlandeses*), Swift era feroz

en defensa de una causa justa. Le encantaba dejar que una frase o un párrafo se fueran desplegando, como una mosca que traza círculos concéntricos sobre el lugar donde va a posarse, para golpear al final con un chasquido. Veamos la descripción de cómo los liliputienses disponen su escritura en la página:

Por ahora diré poco de su saber, que durante muchas épocas floreció en todas sus ramas entre ellos: pero su modo de escribir es muy peculiar, pues no es de izquierda a derecha, como los europeos, ni de derecha a izquierda, como los árabes, ni de arriba abajo, como los chinos, sino en diagonal, de una esquina del papel a la otra, como las damas de Inglaterra.

Swift es un maestro de la acumulación lenta y el giro repentino que convierte una enumeración inocente en un remate feroz. *Los viajes...* se estudia a menudo como un libro de ideas, y sin duda lo es, pero también es un libro tremendamente divertido. El humor es esencial para su arquitectura moral.

El primer libro, la visita al país de los enanos liliputienses, es una sátira sublime de las maquinaciones de la política. Trabajé dos años en el parlamento británico y lo encuentro desternillante, mejor incluso que P. G. Wodehouse. Como experimento durante un viaje en tren particularmente deprimente, el año pasado escuché una versión en audiolibro narrada por David Hyde Pierce (el actor que interpretaba a Niles Crane en *Frasier*). Pierce capta los ritmos a la perfección, y me encontré muerto de risa en la estación de Charing Cross. Swift se presta especialmente a la lectura en voz alta y es de suponer que seguirá ganando lectores en esta nueva era del audio y el vídeo.

El humor político del primer libro sigue siendo sorprendentemente pertinente. En Liliput, Gulliver recibe la visita de Reldresal, secretario principal de asuntos privados, que le explica que el país está asolado por el sectarismo político. Le cuenta que “durante unas setenta lunas ha habido en este imperio dos facciones en pugna, llamadas Tramecksan y Slamecksan, por los tacones altos y bajos de sus zapatos, que son su distintivo”. Se cree que el rey favorece a los de tacón bajo, pues “los tacones imperiales de su majestad son al menos un drurr más bajos que los de cualquiera de su corte (el drurr es una medida equivalente a la decimocuarta parte de una pulgada)”.

Lo mejor está por llegar. El enfrentamiento de las dos facciones es tan intenso que ni siquiera pueden comer juntas. Los de tacón alto son más numerosos, pero los de tacón bajo tienen todo el poder. Aunque eso podría cambiar porque el hijo del rey, el heredero al trono, tiene “uno de sus tacones más alto que el otro, lo que le produce un bamboleo al caminar”. Se sabe que la esposa del verdadero heredero al trono encontró este pasaje desternillante cuando se publicaron *Los viajes...* Reldresal pasa luego a relatar las terribles guerras civiles religiosas que ha sufrido Liliput, todas por una disputa sobre si un huevo debe abrirse por el extremo ancho o por el estrecho. El remate verdadero llega cuando se nos revela el texto religioso

que inspira esa disputa: “que todos los creyentes verdaderos rompan sus huevos por el extremo que resulte más cómodo”.

En cada uno de los tres primeros viajes de Gulliver, esta simplicidad engañosa produce un gran placer. Cuando el palacio del rey de Liliput se incendia y a Gulliver se le ocurre apagarlo orinando sobre él, podemos concluir, como decía mi antiguo tutor universitario, que a Swift no le importa mear fuera de tiesto. Pero el humor se va oscureciendo a medida que avanzamos. En Brobdingnag, la reina y su enano se divierten groseramente a costa de Gulliver (que es un enano para ellos). En varias ocasiones, mientras la reina se entretiene, Gulliver está en peligro. Cuando, en el tercer viaje, conoce a los magos capaces de invocar a cualquier difunto a voluntad, una de las peticiones de Gulliver es política.

Pedí que el Senado de Roma apareciera ante mí en una gran sala, y una asamblea representativa moderna frente a él, en otra. Los primeros parecían una reunión de héroes y semidioses; los otros, una pandilla de buhoneros, carteristas, salteadores de caminos y matones.

Aquí el remate cómico ya no hace gracia. Llamar al parlamento inglés “una pandilla de buhoneros, carteristas y salteadores de caminos” tiene su mérito, y es el tipo de frase con que los llamados satiristas modernos siguen llenando sus días. El añadido final de “matones” tiene el mismo efecto de rematar la lista con un giro, pero ahora es un quiebro brusco que se aleja del humor. Swift bromea, pero lo dice en serio. En un poema escrito hacia el final de su vida, Swift dice que “fustigó el vicio”. En pasajes como este, uno se va riendo y de pronto siente el latigazo al final.

Esto es una inversión del patrón anterior. En la primera parte de *Los viajes...*, lo serio se vuelve hilarante, mientras que en la tercera, cada vez más, lo gracioso se vuelve sombrío. A su llegada a Laputa, Gulliver observa la práctica del golpeo. Los laputanos están tan absortos en sus especulaciones abstractas que, a menos que un criado les golpee la cara con una vejiga llena de guisantes, “no pueden hablar ni atender al discurso de los demás”. La historia está llena de anécdotas sobre grandes hombres de ideas incapaces de realizar las tareas más sencillas, como J. S. Mill, que supuestamente no sabía parar un taxi o encontrar asiento en un tren sin mucho titubeo y angustia. El humor de Swift lleva a los laputanos al extremo más absurdo de este típico cómico.

Y la tarea de este funcionario es, cuando dos, tres o más personas están reunidas, golpear suavemente con su vejiga la boca de quien va a hablar y la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el hablante. Este golpeador está también encargado de acompañar diligentemente a su amo en sus paseos y de darle de vez en cuando un golpecito en los ojos; porque está siempre tan ensimismado que corre el evidente peligro de despeñarse por cualquier precipicio, de golpearse

la cabeza contra cada poste y, en la calle, de empujar a otros o de ser empujado él mismo hacia la cuneta.

“Cuneta” produce el efecto swiftiano habitual: el humor se acumula lenta e implacablemente hasta esa imagen final del “especulador intenso” arrastrado por la cuneta. Pero el chiste no puede durar mucho. De este tipo de ensimismamiento estrecho resulta una miseria humana muy real. En su recorrido por Laputa, Gulliver se topa con toda una serie de horrores.

Sus casas están muy mal construidas, con las paredes en bisel, sin un solo ángulo recto en ninguna habitación; y este defecto se debe al desprecio que sienten por la geometría práctica, que consideran vulgar y mecánica; las instrucciones que dan son demasiado refinadas para el entendimiento de sus obreros, lo que ocasiona constantes errores. Y aunque son suficientemente diestros sobre el papel, en el manejo de la regla, el lápiz y el compás, en la conducta y el comportamiento ordinarios de la vida no he visto gente más torpe, desmañada e inhábil, ni tan lenta y confusa en sus concepciones sobre cualquier tema que no sea las matemáticas o la música.

Y sus preocupaciones sobre los cielos les provocan una angustia perpetua.

Esta gente vive en continua inquietud, sin disfrutar un minuto de paz mental; y sus perturbaciones proceden de causas que apenas afectan al resto de los mortales. Sus temores nacen de varios cambios que aguardan en los cuerpos celestes: por ejemplo, que la Tierra, por el continuo acercamiento del Sol hacia ella, deba con el tiempo ser absorbida o engullida; que la superficie del Sol quede poco a poco cubierta por sus propios efluvios y deje de iluminar el mundo; que la Tierra escapó por muy poco del roce con la cola del último cometa, que la habría reducido infaliblemente a cenizas; y que el próximo, que han calculado para dentro de treinta y un años, probablemente nos destruya.

Swift se burla, pero ¿nos reímos? Estas preocupaciones impiden a los laputanos dormir tranquilos o “saborear los placeres comunes” de la vida. Lo primero que hacen cada mañana es preguntarse por la salud del Sol. Tienen un apetito profundamente irracional por estas especulaciones aunque los mantengan en un estado de angustia constante. Swift escribe: “Esta conversación la emprendían con el mismo ánimo que los niños cuando disfrutaban oyendo historias de terror sobre espíritus y duendes, que escuchan con avidez y luego no se atreven a irse a la cama del miedo.” De nuevo, esto tiene el carácter de una broma, pero a estas alturas se ha vuelto demasiado oscuro para disfrutarlo del mismo modo que los disparates de Liliput. Cuando Gulliver desciende de la isla volante de Laputa a la ciudad de Lagado, que está debajo, las condiciones son verdaderamente miserables.

A la mañana siguiente a mi llegada, me llevó en su carruaje a ver la ciudad, que tiene aproximadamente la mitad del tamaño de Londres; pero las casas estaban construidas de modo muy extraño y la mayoría en ruinas. La gente en las calles caminaba deprisa, tenía aspecto salvaje, con la mirada fija, y en general iba harapienta. Atravesamos una de las puertas de la ciudad y nos adentramos unas tres millas en el campo, donde vi a muchos trabajadores [...] Nunca había visto una tierra tan mal cultivada, casas tan mal trazadas y tan ruinosas, ni un pueblo cuyos semblantes y modo de vestir expresaran tanta miseria y necesidad.

Todo esto está tomado directamente de la Irlanda que Swift observaba a su alrededor cada día. El cristianismo firme y pragmático que subyace a todo lo que escribe quedaba profundamente escandalizado por la terrible miseria humana causada por la dominación política inglesa de Irlanda: el gobierno británico era como Laputa, sobrevolando sus dominios, amenazando con aplastarlos, dejando a la gente hambrienta, salvaje y andrajosa. Swift sigue fustigando el vicio, y ya no tiene nada de gracioso. Su prosa sencilla se ha convertido en un instrumento de indignación. El problema no es complicado y no requiere ningún artificio literario.

En el viaje final, al país de los ultrarracionales houyhnhnms, ese movimiento de la risa al horror llega a una conclusión más feroz que cualquier otra cosa que escribió Swift. Hoy es famoso por el viperino panfleto satírico *Una modesta proposición*, en el que, indignado por la sumisión de Irlanda ante la dominación inglesa y hastiado de que sus propias exhortaciones no surtieran ningún efecto, aconseja a la gente que se coma a sus bebés como sustituto alimenticio. *Una modesta proposición* es diabólicamente satírica, aunque plantea una observación seria que no se le escapa a nadie. Pero en *Los viajes...* la sátira cede el paso a la representación directa de la maldad.

Cuando Gulliver llega al país de los houyhnhnms, se topa con los yahoos, criaturas peludas y asquerosas, mitad hombres, mitad monos, que trepan a los árboles y defecan encima de él. Son ruines y viles, llenos de apetitos y desprovistos de razón. Los houyhnhnms, en cambio, son criaturas de (supuesta) razón pura, calcadas del caballo domado en la imagen del alma que ofrece Sócrates en el *Fedro*. Gulliver es lo bastante ingenuo como para creer que los yahoos son despreciables y los houyhnhnms son ideales. Cae en el grave error de pensar que los yahoos son seres inferiores cuya esclavitud está justificada. Esto ocurre porque él mismo sabe que tiene algo de yahoo. Los yahoos se parecen tanto a los humanos que uno de ellos intenta acostarse con Gulliver.

En su admiración por los houyhnhnms, Gulliver pierde todo sentido de la moralidad. Después de varios años viviendo entre ellos, Gulliver asiste a una “gran asamblea” de los houyhnhnms en la que debaten “el único debate que jamás hubo en su país”. Estos seres supuestamente racionales no tienen palabra para la mentira, no tienen concepto de opinión

y nunca intentan coaccionar al prójimo. Y, sin embargo, “la cuestión a debate era si los yahoos debían ser exterminados de la faz de la tierra”.

La expresión “la faz de la tierra” evoca las referencias bíblicas al genocidio (Génesis 6:7 “Destruiré al hombre que he creado de la faz de la tierra”) y el significado aquí es inequívoco. Tras haber esclavizado a los yahoos, los racionales houyhnhnms desean exterminarlos. Su racionalidad los ha conducido a una desmesura extraordinaria y abyecta. Gulliver dice, unos capítulos antes, que al ver la semejanza entre él mismo y los yahoos empezó a rebajar su estima por la humanidad en comparación con los houyhnhnms.

Debo confesar libremente que las numerosas virtudes de esos excelentes cuadrúpedos, contempladas frente a las corrupciones humanas, me habían abierto tanto los ojos y ensanchado tanto el entendimiento que empecé a ver las acciones y pasiones del hombre bajo una luz muy distinta, y a considerar que el honor de mi propia especie no merecía la pena defenderlo.

No hace ninguna reflexión semejante sobre sí mismo ni sobre los houyhnhnms cuando oye hablar de su deseo de genocidio. La aportación de Gulliver consiste en proponer que castraran a los yahoos en lugar de matarlos directamente. Se convierte en cómplice voluntario de su esclavitud y exterminio.

Mencioné una costumbre que teníamos de castrar a los houyhnhnms cuando eran jóvenes para domarlos; que la operación era fácil e inocua; que no era ninguna vergüenza aprender sabiduría de los brutos, así como la hormiga enseña la laboriosidad y la golondrina la construcción (pues así traduzco la palabra lyhannh, aunque se trate de un ave bastante más grande); que este procedimiento podría aplicarse a los yahoos más jóvenes del lugar, lo cual, además de volverlos dóciles y más aptos para el trabajo, acabaría con toda la especie en una generación, sin necesidad de quitarles la vida.

Terminamos el libro sintiendo más lástima que repulsión por Gulliver. Está equivocado, es ingenuo, irracional y algo tonto. Pero en este momento es imperdonablemente estúpido. Swift, desde luego, nos habla por encima de Gulliver, satirizando las prácticas de su propia sociedad y criticando el colonialismo. Lo que empezó como una broma ha terminado como una exhortación. Swift dijo que escribió *Los viajes...* para irritar al mundo y, en su trayecto de la hilaridad al genocidio, ha creado una obra de humor frustrado. Cuanto más nos reímos al principio, más brusco es el giro al final. ~

Publicado originalmente en Plough.
Traducción del inglés de Daniel Gascón.

HENRY OLIVER es investigador y *emerging scholar* en el Mercatus Center de la Universidad George Mason, escritor y crítico literario. Es autor de *Second act* (2024).